

## **REFLEXIONES DESPUÉS DE PORTO ALEGRE**

**Pedro Casas Álvarez**  
**movicaliedu@nodo50.org**

***En el Foro Mundial de Educación celebrado en enero de 2003 en Porto Alegre*** escuché a un ponente que sugería que no siempre había que buscar respuestas: A veces era más importante buscar preguntas. Al principio me pareció un juego de palabras original, del que a veces revisten sus propuestas vacías algunos intelectuales de pacotilla; pero horas después, en otro acto del mismo foro de debate educativo en una perspectiva de transformación social anticapitalista, se me encendió una lucecita con la que podría sacar más jugo al Foro que iba a comenzar días después, el Social Mundial.

Efectivamente, a menudo malgastamos mucho tiempo en buscar respuestas a preguntas mal formuladas o de alcance muy limitado. Ello me hizo intuir que los debates y propuestas anti-globalización están muy cargadas de voluntarismo cuasi místico o religioso, hasta el extremo de pretender alcanzar el otro mundo posible fundamentalmente con la revolución personal, el consumo responsable, la coherencia completa y cosas parecidas. Como muestra copio un párrafo textual de un artículo leído recientemente de un luchador socialista argentino: “Me imagino que el capitalismo dejará de existir como tal cuando dejemos de creer en él, cuando vivamos de otra manera. Dejará de existir cuando todos los que hablamos de socialismo como una utopía empecemos a vivirlo y hacerlo realidad hoy, como se pueda y se quiera. ... Creo que poco podrán hacer los medios, los gobiernos y los mercados para apuntalar este sistema cuando ya nadie crea en él, cuando el socialismo sea la forma de pensar y actuar de los seres humanos”. No quito valor a estos aspectos de la vida y del comportamiento cívico de las personas, y sobre todo de aquellas que quieren abrir el camino hacia el otro mundo posible y necesario; pero difícilmente se vendrá abajo un sistema cuando todos dependemos de él, cuando el mercado dominado por las multinacionales es el que nos provee de los medios de consumo necesarios para la vida. Podemos crear una pequeña comunidad de autoabastecimiento, pero las grandes redes de transporte, de energía, de abastecimiento, de financiación, etc. no pueden ser sustituidas por el mero voluntarismo de la población.

Otros van más allá y se fijan en el poder político como medio de transformación de la sociedad, tanto en su vertiente institucional como en la relativa a los movimientos y organizaciones populares. Se plantean cómo conseguir este poder, y luego cómo administrarlo, destacando en los últimos tiempos el debate sobre los aspectos formales de gestión de la participación. Sin embargo todos somos conscientes de las limitaciones tan tremendas que tiene la izquierda transformadora cuando sólo accede al gobierno: La historia, aunque no es demasiado rica en cuanto a casos de acceso de partidos transformadores al gobierno, sí es muy ilustrativa respecto a las limitaciones

drásticas a las que se enfrenta. Estas reflexiones en torno a las vías de acceso y métodos de permanencia y gestión democrática del poder político deben continuar, combinando la utopía con la realidad.

Las preocupaciones que generalmente ocupan buena parte de los Foros que reúnen a las organizaciones anticapitalistas, suelen quedarse aquí, junto a los análisis, bastante lúcidos, sobre la evolución y las contradicciones del capitalismo en su fase de imperialismo ultraliberal. Pero en el calor de las discusiones sobre cómo hacer de la educación un elemento de transformación social, liberador de la persona, construyendo un proyecto pedagógico que luego se da de tortas con una concepción política ultra-liberal que defiende los intereses de los grandes grupos económicos y fomenta las actitudes más segregadoras y excluyentes, de pronto te paras a pensar y te das cuenta que mientras la vanguardia más combativa y coherente, con grandísimos esfuerzos a costa de su vida y su tiempo, consigue un avance de 1, la maquinaria del sistema hace que se retroceda un -3, con lo que el saldo de cada movimiento es un retroceso neto de -2, y eso siendo optimista, pues en muchas ocasiones ni siquiera se consigue el avance. Es decir estamos en constante retroceso, y aunque lo admitimos en nuestros tratados sobre la evolución del capitalismo, sin embargo la conclusión a la que se llega es que hay que realizar más esfuerzo, ampliar la movilización, etc., etc. Esto hay que hacerlo, pero no basta. Es una quimera pretender una perfección mística (que no existe) en un mundo tremendamente imperfecto. Podemos y debemos buscar la coherencia, pero son las poderosas fuerzas mediáticas, económicas, políticas y coercitivas del sistema capitalista las que nos hacen retroceder con más empuje que nuestros propios errores, que debemos corregir pero sin la autoflagelación masoquista. Beber Coca-Cola puede ser una contradicción para un luchador, por su simbolismo, pero no lo es menos el usar otros muchos bienes de consumo que nos ofrece el sistema y de los que resulta difícil, si no imposible, prescindir para seguir viviendo en la sociedad moderna. La alternativa no puede ser sólo la salida del sistema, sino su transformación, en cuyo proceso necesariamente tendremos que utilizar muchos de los medios que nos son proporcionados mediante la producción y distribución capitalista.

## **LA CONQUISTA DEL PODER ECONÓMICO**

Creo que las aspiraciones de la izquierda anticapitalista son hoy de corto alcance mientras no se añada al orden del día de nuestros debates ideológicos y organizativos la pregunta de **¿cómo nos hacemos con el poder económico?**. Sí, algo tan sencillo, pero tan revolucionario. Es hora de reivindicar el carácter público de los medios de producción y comunicación, y los canales de distribución de los medios de consumo, que hoy están en manos privadas. Estos medios son públicos, no sólo por la cantidad ingente de subvenciones estatales de las que tradicionalmente han gozado, incluso por parte de los gobiernos más ultraliberales, sino porque además la acumulación de capital se ha realizado a lo largo de la historia a partir de la explotación de la mano de obra trabajadora. Esto no es nuevo: ya el marxismo desveló los entresijos de la acumulación del capital, de la explotación del trabajo asalariado, pero parece

que lo hemos olvidado, y, lo que es peor, parece que compartimos el sagrado respeto por la propiedad privada de los medios de producción, distribución y comunicación, criticando tan sólo sus consecuencias, pero sin atacar la raíz. El objetivo no puede ser sólo la resistencia, la creación de medios alternativos, sino además la conquista de unos medios que pertenecen por derecho histórico a la población, al conjunto de los trabajadores. Mientras no planteemos esta cuestión en el centro de nuestros debates de lucha contra el capitalismo, nos quedaremos tan sólo en la crítica del sistema, en el voluntarismo místico pero con poca transcendencia real. Cualquier avance político se verá ahogado por la maquinaria capitalista económica y mediática, pues por mucho que lo intentemos nos veremos obligados a seguir comprando la mayoría de sus artículos, volaremos en sus aviones, compraremos su petróleo, nos veremos obligados a competir, a opositar con otros para obtener un puesto de trabajo con el que poder subsistir y vivir, para poder pensar, para poder luchar. No olvidemos tan fácilmente el destino de los intentos serios y coherentes de transformación habidos en la historia, que no han contado con el poder económico y de comunicación (España, Chile, Nicaragua), y ahora más recientemente Venezuela.

Esta pregunta nos lleva a otra cuestión, sobre **los sujetos históricos de la revolución** pendiente. Si de lo que se trata es de resistir, de atacar sólo algunas manifestaciones del sistema, pero no sus causas, los sujetos del cambio pueden ser cualquiera de los colectivos dispuestos a luchar. Pero si de lo que se trata es, además, de la recuperación colectiva de los medios de producción, distribución y comunicación, que por derecho pertenecen a la comunidad, entonces necesitamos también unas fuertes organizaciones de trabajadores, capaces de tomar esos medios y hacerlos funcionar al servicio de la sociedad. Tenemos que tomar la tierra, las fábricas, las cadenas de distribución, los medios de transporte y comunicación, los bancos, los servicios en general, y esto no se hace sólo ocupando la calle o colocando a los nuestros en el gobierno. Se hace por trabajadores organizados y con conciencia clara del objetivo. Sé que el viejo sindicalismo hace tiempo que renunció a la toma del poder económico, pero eso no invalida la función del sindicalismo revolucionario, necesario para esta tarea, junto con otros “nuevos” movimientos pacifistas, ecologistas, feministas y ciudadanos que amplían la dimensión del carácter de la transformación que se pretende. Necesitamos muchas organizaciones como el MST brasileño, no sólo en el campo, sino en las industrias y los servicios.

## **LA GESTIÓN DEMOCRÁTICA DEL PODER**

Las preguntas anteriores nos llevan necesariamente a otra que, a mi juicio, tampoco forma parte de las inquietudes actuales del movimiento anticapitalista: **¿cómo se deben gestionar de manera participativa los medios de producción, distribución y comunicación en manos del pueblo?**, una vez arrancados de las manos de las multinacionales y del capital privado. Porque el fracaso de las experiencias socialistas habidas a lo largo del siglo XX muestra que el sistema de despotismo ilustrado creado por las “dictaduras del

proletariado” realmente existentes no consiguió el efecto deseado, es decir la construcción de sociedades vivas y creativas, con participación real de la población en su propio destino.

Aquí se plantean dos tipos de cuestiones: una de índole económica, como la desmotivación en el propio trabajo que se produce cuando el cambio de titularidad de la propiedad de los medios de producción y de comunicación, se reduce simplemente a un cambio del patrono capitalista por el patrono estado. El reto es conseguir que la nueva economía funcione superando las concepciones desarrollistas, por sus efectos devastadores, y buscando mecanismos de incentivación alternativos a los capitalistas y burocráticos conocidos. La otra cuestión se refiere a los aspectos políticos, a la participación real de la población en la gestión política de las decisiones, de los presupuestos, en los planes generales que afectan al conjunto de la sociedad y no sólo de unas pequeñas comunidades más o menos concienciadas. La democracia directa y participativa no es la “solución” de los problemas, como muchas veces pretendemos. Es tan sólo la forma civilizada y justa de gestionar los conflictos, las contradicciones; de buscar soluciones y consensos en interés de la colectividad, conformando mayorías y con respeto a las minorías. A veces pretendemos infructuosamente sistemas que funcionen perfectamente y que solucionen (hagan “desaparecer”) los problemas, sin darnos cuenta de que de lo que se trata es de encontrar el marco democrático para la discusión y gestión de esos problemas, como de manera tan imperfecta, pero tan cercana y directa al ciudadano, hacen por ejemplo las comunidades de vecinos.

Parece como que tuviéramos miedo a afrontar estas PREGUNTAS. La primera por un miedo que en la práctica se traduce en un respeto sacrosanto de la propiedad privada, en consonancia tácita (pero más que explícita) con el postulado básico del capitalismo. La segunda por la incapacidad teórica e histórica de construir alternativas realmente creíbles de participación mucho más allá de la mera delegación y representación de las limitadas democracias burguesas realmente existentes, que, no lo olvidemos, están vigiladas por las multinacionales y los organismos transnacionales creados por el capitalismo planetario. Muchas veces compartimos frívolamente los tópicos que nos imponen sobre ciertas figuras políticas (Sadam Hussein, tirano; Hugo Chávez, populista; Fidel Castro, dictador), criticándolos con más dureza que a los tiranos a los que “reconocemos legitimidad” para explotarnos, marginarnos, dirigir nuestros destinos sin consultarnos, dejarnos morir de hambre en el paro, arrebatarnos las libertades políticas en nombre de la lucha antiterrorista, etc. Nos reímos de repúblicas bananeras, y soportamos con respeto la vergüenza de tener una Organización de Naciones Unidas que funciona con un método absolutamente antidemocrático y caciquil, donde la mayoría no cuenta para nada y hay 5 países que se arrogan la presencia permanente en el máximo órgano de decisión y encima con capacidad de veto: ¿Es esa la democracia de la que nos hablan? Miserable espectáculo.

No hace falta recurrir sólo a los libros. La historia nos ha brindado riquísimas experiencias como para que las analicemos de una manera contundente, y de

esta manera enriquezcamos las teorías que ya en el siglo XIX se construyeron como alternativa al sistema de dominación y explotación capitalista que ahora sufrimos con mayor crueldad, particularmente en los países periféricos del planeta. Hay que pensar que el cambio en un solo país es hoy imposible, pues el cerco financiero y comercial ahoga cualquier intento serio de revolución, de cambio en las relaciones de producción. Por eso debemos imaginar cómo debe ser posible el cambio a nivel internacional, de qué manera convertir avances políticos y sociales en peldaños sólidos sobre los que cimentar conquistas ulteriores, en vez de significar experiencias efímeras que, en muchos casos resultan frustrantes para el pueblo que las empujó.

Abolición de la deuda externa, sí; ayuda del 0,7 al desarrollo, también. Pero habrá que plantearse algún día también quién es el que tiene deuda con quién. ¿Cuándo van a devolver los países colonizadores a los demás países los bienes que les robaron? ¿Cuándo van a pagar los salarios no cobrados por el trabajo de millones de esclavos africanos y de otros continentes? ¿Cuándo compensarán los países ricos a los demás por el comercio desigual impuesto, por las barreras arancelarias, por las ruinas provocadas por sus políticas comerciales de rapiña? Alguna vez habrá que contabilizar todo esto y exigir la restitución de los bienes y salarios incautados, y las pérdidas provocadas.

Mientras tanto no son despreciables todos los intentos voluntaristas que hacemos para resistir al sistema; porque sobre todo sirven para construir organización y lucha. Pero mientras no tengamos en el horizonte la ambición por hacernos con los medios de producción, distribución y comunicación, y mientras no construyamos prácticas y teorías de formas de gestión y participación real de esos medios, de acuerdo con los intereses de la población, nos quedaremos en eso, en la mera resistencia pero de alcance muy limitado. Y lo que no podemos hacer es conformarnos con tener una conciencia más o menos tranquila, de luchar sin más, aunque no avancemos, pues hoy millones de humanos siguen muriendo por el hambre y las guerras que genera un sistema radicalmente injusto, y esas personas, sin capacidad de luchar más allá que su mera subsistencia, están a la espera de que entre todos construyamos una salida real, duradera y justa a su situación de miseria, de la que nos beneficiamos indirectamente los que vivimos en el llamado mundo desarrollado.

**Pedro Casas Álvarez**  
**febrero de 2003**